

REMADE

ALEX SCARROW

REMADE



MARLOW

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Remade*

Ilustración de la cubierta: James Fraser



MARLOW

es un sello editorial propiedad de



Primera edición: mayo de 2017

© Alex Scarrow, 2016

First Published 2016 by Macmillan Children's
Books and imprint of Pan Macmillan, a division of
Macmillan Publishers International Limited

© de la traducción: Àngels Gimeno, 2017

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-92472-65-9

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 9859-2017

Impreso en España

Para Debbie..., mi compañera en el fango; ☺

Mil gracias a James Richards por leerlo
desde el punto de vista de la microbiología.
Cualquier error es mío, ¡no de él!

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

África occidental

La niña tenía sólo diez años. Se llamaba Camille. Iba de camino a recoger agua del pozo, con una maltrecha y abollada jarra de hojalata grande en cada mano, cuando lo divisó a pocos metros del duro camino de tierra.

Un perro muerto.

No era algo poco común, si no fuera porque se trataba sólo de «medio» perro muerto. Camille abandonó el camino y se adentró por el terreno irregular, consciente de la tierra seca y las piedras. Todavía había montones de viejas minas oxidadas, medio enterradas en la tierra quemada por el sol... Debía tener cuidado; eran un recordatorio habitual de los tiempos de la guerra civil.

Al acercarse al animal, Camille se dio cuenta de que todavía estaba vivo. De pelo castaño, el perro gemía lastimeramente y escarbaba la tierra con las patas delanteras, como si intentara arrastrarse. Pero sin lograrlo. La cabeza, el pecho, las patas delanteras, toda la parte anterior del cuerpo la tenía intacta, pero a partir de ahí se derramaba para convertirse en un desorden de jirones de huesos, tendones y órganos desparramados. Ella se quedó de pie observándolo. El perro la miró. La lengua rosada le colgaba al jadear.

Camilla se puso en cuclillas junto al animal moribundo.

–Pobre, pobrecita –le dijo en voz baja.

El animal debía haber detonado una de las viejas minas y la explosión había hecho saltar en pedazos sus patas de golpe.

Se agachó y le acarició el hocico. El animal le lamió la mano, agradecido por la compañía.

–Ahora ya puedes dormir, señorita –susurró. Por alguna razón estaba convencida de que era una hembra—. Ahora, a dormir.

Hembra. En aquel país aquejado de todos los males, el sufrimiento siempre era mayor para las mujeres y las niñas. Los hombres hacían lo que hacían, y el resto tenía que aguantar.

Camille acarició el morro del animal, que le lamió los dedos y le dejó un hilo de saliva rosada manchada de sangre.

Entonces, la perra tembló. Le salió espuma de la nariz. Luego emitió un último gemido y murió.

Camille se levantó y miró a su alrededor.

No vio ningún hoyo de tierra oscura que le mostrase una explosión reciente. ¿Tal vez el animal había sido capaz de arrastrarse una cierta distancia después de que la mina lo hiciese volar por los aires? Parecía poco probable. Y tenía que haber sido reciente. Aunque, sin duda alguna, ella debería haber oído la explosión...

Pero ahora ya no tenía importancia: la perra estaba muerta. Había dejado de sufrir. Por lo menos Camille había estado allí para consolarla los últimos momentos de su vida. Se limpió los dedos en la falda amarilla, dejando manchitas rosadas apenas visibles.

Hizo una mueca de dolor. La delgada tela de algodón le pareció extrañamente áspera al contacto con las yemas de los dedos.

Lo cual era absurdo, porque Camille no tenía los dedos suaves, sino que su piel era gruesa. Se veía obligada a trabajar duramente y tenía callos en los dedos por cargar esas jarras de agua cada día. Se miró la mano... El pigmento oscuro de las yemas de los dedos se había esfumado y ahora la carne se veía rosada y húmeda, brillante..., como la delicada piel nueva que nace bajo una ampolla que revienta.

Una hora después, Camille estaba muerta.

Capítulo 2

Leo sospechó que aquello era algo muy distinto. La velocidad a la que todo ocurría, la velocidad con la que había pasado de ser un curioso comentario sin importancia, añadido al final de las noticias de la mañana en la radio, a convertirse en la noticia más importante del telediario, a ser el fin del mundo. Tres rápidas etapas quemadas en el transcurso de una sola semana.

Mientras desayunaba tuvo que aguzar el oído para agarrar al vuelo las pocas palabras de la Radio 4 de la BBC, la última noticia del día, mientras él se apresuraba a terminar los cereales:

«En Nigeria. Por el momento no tenemos demasiada información desde la zona, pero nos consta que ya se está implementando algún tipo de medida de contención...»

Apartó su atención de su madre y de su hermana pequeña, que hablaban a la vez, sin escucharse la una a la otra, e hizo un esfuerzo por escuchar al locutor por debajo de su cotarro. Estaba seguro de que en algún momento había oído la palabra «plaga».

«... no existe confirmación de que se trate de otro brote de ébola. De hecho, nos han informado de que dicha posibilidad ha sido descartada...»

Y entonces el locutor se puso a hablar del tedioso mundo del deporte: de cuál era el último atleta que había sido descalificado por tomar drogas para mejorar el rendimiento, qué equipo de fútbol corría el riesgo de descender de Primera División...

Puro blablablá. Las típicas tontadas que rellenaban el hueco de las 8:30 a las 8:40 de la mañana y que a Leo le servían como recordatorio diario de que debía acabar el desayuno y ponerse en marcha.

Apartó el cuenco de leche con chocolate y se levantó. Listo.

Ahora debía tomar el autobús para ir al instituto. Un día más que superar, un día igual que el anterior e igual que el siguiente.

—¿Leo?

Miró a su madre.

—¿Eh?

—No te olvides de traer la bolsa de deporte a casa. Tu equipación ya debe tener moho.

—Ah, sí, vale —masculló él entre dientes.

Cogió la mochila que estaba colgada en la silla y se dirigió hacia el recibidor.

—¿Y el cuenco? —Grace levantó la vista del móvil. Estaba ocupada dándole de comer a su poni virtual en la pantalla.

«Deslizar / dejar caer / masticar / relinchar... ¡Puntos!» Como si de verdad tuviese alguna importancia.

Leo dedicó un suspiro a la mandona de su hermana pequeña. Doce años y ya le daba la lata como si fuese su madre; una versión en miniatura, pero igual de cargante que la otra. Suspiró de nuevo y volvió atrás para recoger el cuenco.

—Y, Leo..., no está bien malgastar leche.

Entornó los ojos en una versión de «¡que te den!», vertió la leche por el desagüe y dejó caer el bol en el fregadero. Un medio acto de rebelión en contra de su hermana pequeña.

–Buen chico –le dijo su madre, distraída mientras intentaba abrocharse los botones de la blusa con una mano y sujetaba el teléfono junto al oído con la otra.

Leo se encogió para poder pasar por detrás de ella y rodeó la mesa de la cocina en dirección al recibidor.

–Leo –lo llamó entonces.

Él se detuvo de nuevo y se dio la vuelta para mirarla.

Su madre le dedicó una sonrisa culpable, el teléfono todavía pegado al oído.

–Todo irá bien, ¿de acuerdo? No te preocupes, pronto nos sentiremos como en casa.

Leo tenía la impresión de que lo habían dejado en espera y estaba escuchando una musiquilla con ruidos de interferencia. Tiempo muerto. Tiempo para tu hijo.

–Sé que no ha sido fácil, Leo, pero...

Sabía que su madre se sentía culpable por cómo habían ido las cosas, culpable por todo lo que había pasado en los últimos tiempos; que sentía no tener apenas tiempo para ninguno de sus dos hijos.

–Sí, bueno... –fue todo lo que pudo ofrecer como respuesta. Se encogió de hombros. Ni siquiera era capaz de emular una sonrisa triste.

–¿Ahora tienes amigos, no? –continuó ella, medio afirmando medio preguntando.

Él asintió con la cabeza.

–Sí, sí.

Era mucho más fácil mentir que decir la verdad. Lo último que necesitaba ahora mismo era que su madre le diera un discurso sobre lo importante que era que se relacionase. Salir ahí fuera y mezclarse con otros chicos.

—¿Cómo va la cabeza?

Leo se encogió de hombros. Se dio un golpecito en las sienes.

—Bien.

—¿Tienes aspirinas, por si acaso?

—Sí.

—¿Vas a coger el autobús?

—Claro.

—No te olvides de recoger a tu hermana de vuelta a casa.

—No, no me olvidaré.

Grace se había roto el antebrazo jugando al netball, así que lo llevaba enyesado y en cabestrillo, y su madre no quería que volviera sola a casa. A ella le dolía el brazo, a él le explotaba la cabeza, y además sospechaba que su madre tomaba Prozac... Con la de fármacos que se liquidaban entre los tres eran como drogatas en una casa de adictos al *crack*.

Su madre lo miró con lástima, y por un momento Leo la vio como había sido antes... La mujer de antes de cambiarse el apellido de nuevo por el que tenía de soltera, Jennifer Button, dejando atrás de forma rotunda todo vestigio de su padre. La madre de hacía mucho, la de cuando tenía tiempo para él.

—Leo..., cariño, todo irá bien... —De repente le conectaron la llamada—. Ah, sí, con visitas por favor.

Leo aprovechó entonces para dar media vuelta y, ya en el recibidor, cogió la chaqueta del perchero que había junto a la puerta. Si hubiese sabido cómo iba a ser aquella semana, cómo iban a ser los próximos meses..., le hubiese dicho que la quería, que toda la mierda que se habían comido aquel año no tenía importancia...

«Te perdono, mamá.»

Pero Leo no podía saber nada. Sólo era lunes. Un lunes igual que los demás. Otro de esos días en los que no pasa nada. Sin que nada lo distinga de los demás, excepto por una palabra que había oído por los pelos como ruido de fondo en la radio: «plaga».

Capítulo 3

Leo ya odiaba aquel lugar. Siete semanas en el Randall Sixth Form College, donde se cursaban los dos últimos años de la enseñanza secundaria, y había cruzado una palabra sólo con una docena de alumnos. Eso por aterrizar a mitad de curso... Más le hubiera valido haber llegado cubierto de excrementos humanos. Cada grupito, cada pandilla estaba ya completamente consolidada, y todos se mantenían a distancia.

Nadie parecía dispuesto a aceptar en su pequeño círculo al nuevo chico larguirucho con acento raro de Nueva Jersey.

Aunque la mayor parte del tiempo lo dejaban en paz, había algunos capullos que se metían con él. Nada demasiado ingenioso, «yanqui larguirucho» y algunas otras pavadas del estilo. Cada día sufría una pequeña dosis de insultos, pero normalmente no duraba más de cinco minutos. Luego se aburrían y se dedicaban a lo suyo.

La primera vez que su madre les había dejado caer la bomba a él y a Grace —que papá y ella iban a separarse y que ella se los llevaba a los dos de vuelta a casa para vivir cerca de sus padres, en Inglaterra— había sido un *shock* para Leo. Lágrimas y pánico. Los cimientos de su mundo barridos bajo sus pies.

Pero había sentido también un dejo de alivio. Un alivio por las peleas, esas discusiones a gritos en el vestíbulo

del apartamento donde vivían en Nueva York. Las conversaciones en voz baja detrás de la puerta cerrada del dormitorio. Los susurros por parte de sus padres que terminaban con un «¡Que te jodan!» y el clic de la lámpara al apagarla.

Su madre intentaba desesperadamente verle el lado positivo a todo. Inglaterra, Londres, era un lugar «alucinante» para vivir. «Por Dios..., mamá pooooor faaavor, ni intentes hablar de ese modo...» Les había dicho a Grace y a él que a sus nuevos compañeros les iba encantar su «acento exótico de película», que todos los chicos de Londres quedarían fascinados por sus nuevos compañeros americanos, tan interesantes y fuera de lo común, a pesar de que Leo y Grace eran los dos británicos de nacimiento.

Pero se le olvidaba lo más importante. Ningún joven quiere ser diferente de los demás. Igual que ningún soldado quiere sacar la cabeza de la trinchera, a menos que quiera verla caer reventada sobre el tío que está de pie a su lado. Y ese supuestamente acento americano tan guay ya le había causado a Leo suficientes problemas. Al final del primer día ya era el «yanqui larguirucho». Y al final de la primera semana se había convertido en «yanqui pajeranqui». ¡Eh!, que rima, ¿no?

Unos genios.

Él no era yanqui. Se lo había explicado un montón de veces. Era británico. Británico de nacimiento y de madre británica. Era sólo que había vivido los primeros dieciséis años de su vida en los Estados Unidos. Lo cual no se podía considerar delito...

Había otro marginado en la clase, y Leo y él se turnaban para ser el blanco del día. Se llamaba Samir, aunque se había acortado el nombre a Sam porque le parecía que sonaba mejor. Sam se acercó a Leo durante el descanso de media mañana, mientras éste trataba de arreglar la rancia ma-

raña de ropa húmeda de su bolsa de deporte. Su madre tenía razón: olía como si algo estuviese creciendo ahí dentro.

—¿Qué pasa, tío?

—¡Hola! —contestó él mirando a Sam desde abajo.

La familia de Sam procedía de Pakistán, pero en varios aspectos, como la forma que tenía de hablar, de vestir o de comportarse, era mucho más británico que el resto de sus compañeros de clase.

—Mi padre acaba de mandarme un SMS.

—¿Sí?

—Dice... —Sam sacó el móvil y deslizó el dedo por la pantalla—. Dice que si he visto las noticias.

—¿Si has visto las noticias? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No sé —contestó Sam—. Algo debe haber pasado, me imagino. ¿Puede que una bomba?

¿Una bomba? Si hubiese ocurrido algo del estilo de un aviso de bomba, como el de la estación de Metro de Shepherd's Bush hacía unos meses, el altavoz del instituto lo hubiese anunciado.

—Me voy a la biblioteca. ¿Quieres venir? —le preguntó Sam.

La biblioteca del instituto se parecía más a un cibercafé que a un depósito de libros. A un lado había una hilera de ordenadores, y, en el otro, estantes llenos de revistas leídas muchas veces y de periódicos que nadie había tocado. Ah, y en el centro una pequeña estantería giratoria que la bibliotecaria renovaba a diario, con optimismo, en la que se podía leer: «No te pierdas las novedades en novela para adolescentes».

Sam entró delante de él. Entre los varios grupos de estudiantes que se congregaban en la sala, pegados los unos a los otros como conspirando entre ellos Dios sabe qué,

algunas cabezas se volvieron para mirarlos. Leo odiaba entrar en un lugar. Siempre había ojos que lo miraban. Prefería mil veces salir que entrar.

Se escondió detrás de Sam Chutani, que parecía estar totalmente indiferente a todo lo relativo a las risitas disimuladas del pasillo, las miradas de reojo y las muecas de labios. Iba vestido como un adulto, como un técnico de informática: traje de Primark, mocasines, corbata y camisa, y siempre llevaba una pluma estilográfica en el bolsillo superior de la camisa. Le importaban un comino los demás; la presión del grupo para que se ajustase a sus normas.

Leo envidiaba su actitud. Envidiaba su piel curtida de rinoceronte.

Sam se sentó frente a un ordenador y se conectó a su cuenta de estudiante.

—Mi padre sigue las noticias que transmite Reuters todo el día en el trabajo. Siempre es el primero en saber si ha pasado algo, en cualquier parte.

Cuando se abrió el sitio web de Reuters, Leo esperaba ver un gran titular apocalíptico que les llamase la atención. Pero, al parecer, hoy no había bombas. No había aviones estrellados. No había disparos contra turistas ni masacres en centros comerciales. Hoy, por una vez, parecía prevalecer un brote de sentido común.

Sam señaló un titular en la columna sobre tecnología-empresa.

—Esto es lo que es.

«ForTel ha adquirido a su rival en las siliconas en Indonesia.»

—Ah..., ya —dijo Leo. «Devastador.»

El padre de Sam era propietario de una modesta tienda de ordenadores; los construía por encargo, así que el

precio de los microchips de silicona lo significaba «todo» para él. Sabía que Sam estaba construyendo su propio PC, un «Equipo-Monstruo-Ninja-superguay» que estaría listo para la versión definitiva de Call of Duty que iba a salir justo antes de Acción de Gracias.

¿Definitiva? ¡Ya! Leo sospechaba que se moriría de viejo antes de que dejaran de ordeñar esa vaca.

Entonces se dio cuenta de que había otra noticia al final de la página.

«Cuarentena...» Y el nombre de un lugar que no había oído nunca.

Sam hizo clic en un enlace y en un visto y no visto la página cambió a la página de inicio de Fortel.

–Espera –dijo Leo–. ¿Puedes volver atrás?

–Sí –Sam suspiró y clicó de nuevo. Leo buscó el pequeño titular, pero ya no estaba; el diseño de la página era distinto, una nueva página de historias que eran noticia.

–Mierda, se ha ido.

–¿Qué estás buscando?

Leo sacudió la cabeza.

–No pasa nada. Era algo sobre... No sé, sólo...

Sam le dio un golpecito en la espalda.

–¿Todo bien, Leo?

Capítulo 4

Mar Jónico, costa oeste de Italia

El comandante Benito Arnoni estaba en la proa del *Levriero* listo para arrojar la cuerda. El capitán paró los motores de la lancha *Guardia de Finanza* mientras recorría los últimos veinte metros de la mar picada.

El barco que tenían delante era una de las típicas embarcaciones pesqueras reutilizadas para el tráfico ilegal de inmigrantes, a la que le habían quitado las redes de pesca y el resto del equipo para aprovechar al máximo el espacio de cubierta. Habían divisado la embarcación por primera vez hacía una hora, y la lancha patrulla de Arnoni había sido enviada a toda prisa para interceptarla.

Incluso cuando apenas era un punto en el horizonte, algo no encajaba. Ahora que estaban más cerca, no había duda de que tenía mala pinta. No había brazos agitándose ni filas de rostros desnutridos, ni tampoco figuras aterra-das y flacas como un palo que diesen pena, apoyándose las unas en las otras en un intento de mantener el equilibrio mientras el barco se balanceaba y daba sacudidas en el agua.

Parecía estar completamente vacío. Arnoni no tenía a quién arrojarle la cuerda.

La lancha se aproximó despacio y Arnoni, de pie en la proa, estiró el cuello para poder ver mejor la cubierta. Efectivamente, vacía. No se veía cuerpo alguno, pero, sin em-

bargo, el barco mostraba una extraña decoración: cintas de un rosa brillante, como las serpentinas que salen de un lanzador de confeti en Navidad, adornaban la herrumbrosa cubierta salpicada además de pintura. Algunas de las cintas estaban enrolladas en el lateral de la caseta del timón, encaramadas en los postes que servían de soporte a una antena de radio en la que una gran serpentina rosa brillaba y ondeaba como un gallardete. Por un instante, Arnoni se preguntó si ese barco era lo que alguien consideraba una broma. Un recurso publicitario. Quizás incluso una obra de arte valiosa para algún artista conceptual. Había salpicaduras de pintura color carmesí y sepia por todas partes, como si el artista no hubiese quedado del todo satisfecho con la creatividad desplegada con las cintas.

Cuando la proa de la lancha golpeó contra la parte delantera del barco, Arnoni pasó una pierna por encima de la barandilla de seguridad y cruzó de un salto la cubierta de proa.

Lo primero en golpearlo fue el hedor. Un olor nauseabundo, dulce y a la vez rancio, que le hizo pensar en patas de jamón curado almacenadas.

Y no... Claramente no eran serpentinas ni cintas decorativas. Se acuclilló e inspeccionó el entramado rosado de cerca. Refulgía como si estuviese mojado.

—Merda.

El barco parecía un matadero. Como si hubiesen vertido desde arriba el contenido de todo un matadero. Ahora sabía a qué olía: el pútrido y asqueroso hedor de carne en proceso de descomposición. Se cubrió la nariz y la boca y se dirigió hacia un lateral del barco, arrastrando los pies por el estrecho paso; dejó atrás la caseta del timón y caminó hacia la cabina de mando, abierta, y hacia la cubierta de popa. Un toldo verde de lona se extendía sobre la proa

de la embarcación; crujía y chasqueaba con la brisa. Inspiró profundamente por la boca, para calmar sus nervios, y su estómago. Sabía, presentía, que había algo más.

Se agachó para pasar por debajo del toldo.

—*Gesu Cristo!*—Hizo la señal de la cruz. Pensó que estaba frente a la obra del mismo diablo. Una especie de maqueta brutal y traviesa, imaginativa incluso, elaborada a partir de partes de seres humanos.

El comandante Benito Arnoni vomitó... Y poco más de una hora después, también él estaba muerto.

Capítulo 5

El instituto terminaba para Leo a las dos de la tarde. Luego había una clase de Técnicas de Estudio a la que se suponía que debía asistir y que le alargaba el día hasta las tres, pero decidió saltársela. Fue a la taquilla y recuperó la bolsa de deporte. Su equipación ya estaba lo suficientemente húmeda y llena de barro. Se la llevaría a casa esa noche y se la daría a su madre para que la metiese en la lavadora. Y ella cumpliría con el ritual de preguntarle cómo había ido el partido de fútbol después del instituto. Él le diría que había ido bien, que sí, que estaba haciendo amigos. Que sus compañeros eran de lo más guay. Ella sonreiría mientras metía la ropa en la lavadora y volvería a sus pensamientos sobre el trabajo, sobre sí misma, sobre cómo su padre les había destrozado la vida.

La misma idea ya había funcionado dos veces. Se había llevado el chándal y las deportivas al instituto; las había arrastrado por un charco de barro, las había dejado olvidadas en la taquilla durante unos días y después las había llevado a casa y le había dicho a su madre que se había divertido mucho chutando la pelota con amigos.

Cruzó Hammersmith en dirección a la escuela de Grace, un colegio de secundaria que por fuera parecía una cárcel de alta seguridad: un patio pequeño con una verja alta rematada con alambre. Su madre había insistido en que recogiese a Grace en la puerta del colegio. A una niña de un

colegio cercano la había atacado una pandilla pocas semanas después de que ellos llegaran desde los Estados Unidos y se instalaran.

Quizá cuando fuese un poco mayor Grace pudiera regresar sola a casa, pero todavía no, y menos con el brazo roto.

Ella terminaba la escuela a las 3:30. A Leo le sobraba un poco de tiempo para entretenerse en el centro comercial de King's Mall. Se pasaba por allí los miércoles y los viernes, cuando se suponía que estaba jugando al fútbol. Dentro se estaba caliente y no llovía. Y normalmente lograba que el chocolate caliente del Starbucks le durase una eternidad mientras miraba a la gente que paseaba por allí.

Pasó por delante del escaparate de una tienda que tenía una docena de televisores de plasma de pantalla ancha. En todos se mostraba la misma imagen: un locutor, y detrás de él, por encima de su hombro, un video que parecía grabado con un móvil, pixelado y borroso. Leo pudo distinguir algo que parecía un montón de ropas tiradas en medio de una calle polvorienta. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de cuerpos, docenas de ellos, esparcidos de forma casi arbitraria. El video sólo duraba unos segundos, pero, cuando terminaba, volvía a empezar. En la parte inferior de todas las pantallas de televisión se desplazaba un titular.

«Brote de un virus no identificado en Nigeria.»

Se preguntó si tendría algo que ver con la noticia que le había llamado la atención por la mañana mientras desayunaba. Miró a su alrededor, convencido de que la gente comenzaría a agruparse para mirar las pantallas, pero parecía que los que paseaban por el centro comercial no tenían tanto tiempo como él, al menos no el suficiente como

para demorarse en mirar una televisión a través del vidrio de un escaparate.

Leo siguió con la vista fija en la pantalla durante algunos minutos más, hasta que aparecieron los anuncios. Y entonces se dio cuenta de que debía marcharse para recoger a Grace.

—Estoy preocupada por ti, Leo.

—Todo va bien, Grace —contestó él.

—No, no va bien. No tienes ningún amigo. Pasas demasiado tiempo solo.

—Por Dios. ¿Y tú quién eres, mi madre?

Grace, que caminaba a su lado, se encogió de hombros. Era pequeña, delgada y medía la mitad que su hermano. Él le cogió la cartera rosa del colegio y se la colgó al hombro mientras ella se ajustaba el cabestrillo.

—A veces puedes llegar a ser increíblemente inmaduro, Leo. Alguien tiene que cuidarte.

Grace llevaba mucho mejor que Leo la repentina mudanza a Londres. Ya la habían invitado a varias fiestas de cumpleaños, y, a juzgar por los chismorreos que le había oído cuando hablaba por teléfono, parecía que ya había ocupado un lugar importante en la cadena social de su escuela.

Al parecer, lo de tener un acento exótico sí estaba funcionando a su favor, y, por supuesto, ella lo aprovechaba, exagerándolo tanto que sonaba como una princesa precoz de Beverly Hills. Incluso antes de la mudanza, cuando vivían en Nueva Jersey, Grace ya era popular. La reina del patio que participaba en todas y cada una de las actividades extraescolares.

Ella descansó una mano sobre el brazo de su hermano y lo miró.

—¿Echas de menos a papá, verdad?

—No sé, puede que un poco...

—¡Pues olvídate de él! ¡Se portó como un capullo integral poniéndole los cuernos a mamá de esa manera!

Leo no estaba seguro de que fuese tan sencillo. Sí, vale, era verdad que había tenido un lío con alguien del trabajo, pero su madre tampoco estaba del todo libre de culpa. Le daba la tabarra todo el tiempo y siempre parecía tener algo de qué quejarse; si no eran las zapatillas en el pasillo, eran los pelos en el lavabo; o que echaba demasiada sal a la cena que ella se había matado cocinando, o que se quedaba hasta tarde en el trabajo demasiado a menudo. Un día, por casualidad, oyó que su padre le decía que era una «amargada con mucha mala leche», y se preguntó por qué narices se molestaban en aguantarse el uno al otro.

—Lo de mandar todo a tomar por saco como hicieron ellos es cosa de dos.

—¡Hombres! —dijo Grace, chasqueando la lengua.

Leo sonrió. Grace intentaba aparentar ser una persona mayor, pero la mayor parte del tiempo sonaba como uno de esos actores precoces que hablan del «diálogo interior» y de la «motivación del personaje».

Leo sacudió la cabeza.

—Por Dios, Grace, ¿por qué no puedes ser como cualquier otra niña de tu edad y juegas, no sé..., a las muñecas o algo así?

Ella suspiró con cansancio.

—Jugar es cosa de niños.

Caminaron en silencio durante un rato, esquivando a los transeúntes de la calle, que estaba cada vez más concurrida, pues se iba llenando con los que salían más temprano del trabajo y la cola de los últimos niños que regresaban a casa del colegio.

–En cualquier caso, estamos hablando de «ti».

–Sí, «mamá».

Ella se revolvió el pelo rizado y oscuro y alzó la barbilla.

–Tienes que esforzarte mucho más, Leo. Mamá ya está lo suficientemente estresada tal y como están las cosas.

–Pronunció «mamá» con fuerte acento americano. Grace se agarraba a su acento como si fuese un don; en cambio, él se había estado esforzando por disimularlo—. No necesita encima tener que preocuparse de que no te conviertas en un bicho raro sin amigos.

–Tengo amigos, ¿vale?

–¿Ah, sí? ¿Y cómo es que nunca llaman o vienen a casa?

«Por Dios. Déjame en paz.»

–Pues porque valoro mi espacio personal. No es un puto delito, ¿no?

Grace levantó la mirada y le sonrió con lástima.

–Pues esfuérzate un poco más, ¿vale?

«Lástima. ¿Por parte de una cría de doce años?»

–Todo va bien, Grace. ¿Podemos dejar tranquila mi vida social?

Pasaron por delante de una tienda pequeña y ella se detuvo de golpe.

–¡Oh, Dios mío!

–¿Qué pasa ahora?

–¡Tengo que comprar el periódico! Esta semana regalan cupones para muestras gratuitas de maquillaje Maybelline. –Se dirigió a la puerta—. Si me falta un cupón, las pierdo. Espérame aquí.

Leo asintió con la cabeza, obediente, y vio cómo su hermana entraba en la tienda dando grandes zancadas, con los brazos y las piernas delgados como cañerías y las rodi-

llas protuberantes, el pelo oscuro, largo y rizado echado hacia atrás con una diadema; tan precoz que resultaba irritante. Incluso cuando era un bebé había actuado de forma protectora con él, dándole golpecitos afectuosos en la nariz mientras sorbía leche del biberón.

Leo miró el escaparate. Entre la carne halal, vio anuncios escritos a mano pegados en el cristal. Y, en un exhibidor humedecido por la lluvia, bajo el toldo, descansaba la edición de la tarde del *Evening Standard*. Un gran titular ocupaba toda la página principal:

MISTERIOSO VIRUS EN ÁFRICA OCCIDENTAL

Leo dio un par de pasos para acercarse más al cristal de la tienda y leer la historia que había debajo.

... un virus por el momento no identificado ha aparecido hoy en varias otras aldeas aisladas de Nigeria, Camerún y Ghana. La Organización Mundial de la Salud ya ha enviado un equipo de emergencia a las tres localidades donde se han detectado síntomas. Según ciertas fuentes, personal de la USAMIRIID, la división de investigación médica del ejército de los Estados Unidos, también ha sido enviado a la región. De momento ninguna organización ha opinado sobre la naturaleza del virus, aunque testigos procedentes de los poblados afectados han hablado de «abundantes hemorragias» y «grandes pérdidas de sangre», síntomas similares a los del ébola.

Grace salió entonces de la tienda, ojeando el periódico en búsqueda de la página con el cupón.

–¿Has visto esto? –le preguntó Leo, señalando el diario.
Ella levantó la ceja por un momento, leyó el titular y de inmediato volvió a su propio periódico.

–¡Oh! Te preocupas demasiado. Será otra falsa alarma.
Grace fue la primera en volver a la calle concurrida.
Leo echó una última mirada al escaparate y la siguió.